

sig - 52.210.57

ATENEEO DE ALICANTE

SECCIÓN DE CIENCIAS NATURALES

BREVISIMAS CONSIDERACIONES

FÍSICO-PSICOLÓGICAS

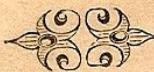
SOBRE

LA MUJER

EN SUS DIFERENTES EDADES

POR

EVARISTO MANERO



ALICANTE: 1887

Establecimiento Tipográfico de Vicente Botella.  
Angeles, 14.

Caja Mediterráneo

DEDICATORIA

---

*A mi Melida*

*de su*

EVARISTO.

---

# Brevísimas consideraciones

FÍSICO-PSICOLÓGICAS SOBRE LA MUJER

EN SUS

DIFERENTES EDADES



Señores: Inaugurar las tareas de la Sección de Ciencias Naturales de este Ateneo, lo considero trabajo tan árduo y espinoso para mí, que, francamente, os confieso mi embarazo y aturdimiento, ante el temor de causar vuestra benévola atención con un discurso escueto de bellezas literarias y muy pobre en su texto doctrinal. Fácil me hubiera sido eludir este compromiso, cuyo alcance no tiene ni más ni menos responsabilidad que la de hacer un papel desairado en momentos tan solemnes como el presente; pero yo acepto gustoso el sacrificio, si de algún modo puedo con ello pagar, aunque exiguamente, las mil demostraciones de cariñosa bondad que debo á la consideración de los amigos que, sin merecerlo, me distinguen, y de los compañeros que siempre han confiado en mí, sin medir el caudal de mis excasísimos conocimientos.

Amante siempre de toda asociación que contribuya al desenvolvimiento de la marcha y progreso intelectual, ni debía rehuir el difícil cargo que me encomendaron de ser el primero en empeñar el debate, ni podía, con justificados motivos, apartarme de esta línea de conducta que, tal vez, hubiera dado mala interpretación á mis buenos deseos, aunque para ello, repito, no cuento con suficiencia idónea y con el tiempo bastante para hacer un estudio digno de vuestra ilustrada atención.

Hace muy pocos días, me sorprendió agradablemente la noticia de la creación de este Ateneo; más tarde, supe que había sido, inmerecidamente, designado para el cargo de Presidente de esta Sección de Ciencias, y luego, apenas pasaron dos semanas, me encuentro

con la obligación de ser el primer disertante, *sub-conditione* de elegir un tema que no ofrezca la descarnada aridez de los asuntos puramente médicos, y heme al momento sumergido entre las brumas del más confuso torbellino, ansiando un pensamiento, una idea, capaz de realizar los propósitos de mi deseo. En el limitado campo de mis conocimientos científicos, revuelvo la mustia sementera que en él germina, y á fuerza de grandes trabajos logro, separar con la acerada y burda escarda, una tierna y delicada flor digna del cultivo mas exquisito. La mujer, considerada bajo su aspecto físico y moral, es la expresada flor en cuyo fragante aroma se embargan mis sentidos y la presencia de sus delicados pétalos me arroban el juicio y la discreción.

Avezado solamente en ese luchar práctico del médico que siempre vé en derredor el sufrimiento del que padece, los plañideros lamentos del agonizante y las desconsoladoras lágrimas que arranca el fatídico espectro de la muerte, y viviendo por otra parte lejos, muy lejos de las contiendas ó lides literarias, ¿qué podeis esperar de mí sino un mal boceto del cuadro que pretendo presentaros, incompleto, sin colorido propio y de confusos y desaliñados trazos? Perdonad, pues, mi ligereza, no califiqueis con dura crítica lo que es solo un buen deseo sin soñadas pretensiones de valimiento, y olvidad, aunque sea por breves instantes, el eco de la voz de aquellos elocuentes oradores que me precedieron en el uso de la palabra en la noche anterior, para que el efecto de mi discurso resulte menos malo, menos monótono y soporífero. Fío en esa bondad y entro desde luego de lleno á desarrollar el asunto que me sirve de tema.

\*\*\*

¿Qué es la mujer física y psicológicamente considerada? El anatómico relata su especial y peculiar organización, el fisiólogo deslinda la funcionalidad que corresponde á sus órganos, el patólogo describe las numerosas enfermedades que conciernen al sexo; pero el psicólogo pretende enclavar el escalpelo en su alma para arrancarle el misterioso arcano de su sutil idealización, y en vano le hiende, las auras del sentimiento no se dejan disecar, antes se desvanecen como tenue arrebol que fulgura en una naciente alborada.

Mucho mas fácil me sería haceros el relato con mayor ó menor exactitud, de cualquier lesión material de esta bella mitad del hombre; y de seguro que no sería mi razón asediada de impertinentes temores y de serias cavilaciones, que me abruman y me atascan en un atolladero cuya salida encuentro muy dificultosa. Es que el

conocimiento moral de la mujer, entraña problemas de tan difícil solución, que, eminentes filósofos de todos tiempos, han tenido que confesar su impotencia, ante los impenetrables misterios que encierra su corazón.

El Criador la colocó en la tierra para ser fiel compañera del hombre, para seducirle con sus halagos y en los arrobamientos de amoroso cariño, contribuir al fin de la procreación, para compartir con él los infortunios de la vida, lo mismo que los placeres, y para edificar el sagrado solio de la familia. Con la mujer, el hombre halla el complemento de sus afanes, satisface sus infatigables desvelos, y cubre sus mayores aspiraciones. Todo por la mujer, sin ella no hay encanto, no hay dicha completa, no hay ilusiones.

Es digna de la más cariñosa atención, y sin embargo, no siempre ha sido conceptuada por el hombre con la justicia y nobleza á que, por tantos títulos, es acreedora. En los más remotos tiempos, se la postergaba á una miserable esclavitud, á todas luces punible y vergonzosa; el pueblo romano no le concedió otro favor que el que brillaba en los hechizos de su esbeltez y hermosura, para satisfacer la brutal pasión del goce sensual, y unos filósofos la trataban con menosprecio, otros poetas la entonaban cantos de asquerosa lascivia, y los menos la comprendían y contemplaban como el ídolo de la más pura ventura, como el verdadero ángel del hogar.

Así han trascurrido los siglos, y la pesada cadena que aferraba á esta mártir de aquellas costumbres sociales, con lazos de impúdica ignominia, ha ido fundiendo sus eslabones al ardiente fuego de la civilización. El hombre mismo que antes la denigró, le hizo donación de sus justos derechos, reintegrándole el decoro y la autonomía de sus actos. Ella jamás hubiera sabido emanciparse; su propia debilidad, su marcada resignación en tan largo confinamiento, la han librado por fin del martirizante oprobio que la afligía.

Hoy constituye dentro de la familia el vínculo de la paz en las discordias y el consuelo en las tribulaciones y desgracias. Vedla como hija: es el báculo de un anciano y trémulo padre á quien colma de los más solícitos cuidados; contempladla como esposa, y la hallareis con la radiante expresión del amor que simboliza una unión pura é íntima; y finalmente, admiradla como madre, pues envuelve la más bella é ilusoria apoteosis de desinteresada ternura. Como hija, el padre la vé y la juzga con los ojos y el entendimiento de la atenuación en sus faltas y la eleva y engrandece en sus buenas cualidades: la observa con el corazón que ama, con la parcialidad del cariño. Como esposa, cada marido la describe, se-

gún las impresiones que en la ilusión se forjan, y como madre, qué pocos hijos habrá que dejen de ensalzar las virtuosas costumbres de la que les dió el sér!

Las cosas, si se juzgan por el prisma que se las mira, han de dar distinto resultado al cambiar de visual. En prueba de ello, tenemos el concepto de la mujer considerada como hija, como esposa y como madre. Si se estudia su corazón con la libre severidad de quien no le ligan los lazos del sagrado parentesco ó de la cordial amistad, las oposiciones son distintas y continúa la misteriosa impenetrabilidad de conocer su seno. Tiene, empero, tantos atributos propios en el orden físico y moral, y tan ostensibles, que singularizan esta individualidad, diferenciándola sobre manera del hombre.

La mujer tiene menos altura que éste; su cabeza es más pequeña, con frente no tan ancha y espaciosa; la cara más redonda y corta, el conjunto de su fisonomía ofrece otra expresión de dulzura que la de aquél. Al tronco, proporcionalmente largo, se le unen las cuatro extremidades que aparecen más cortas, con manos y piés chicos, el torax amplio y elevado, el abdomen prominente, saliendo de una pelvis también ancha, como que es el sitio destinado á contener y cobijar el producto de la concepción en sus órganos especiales. En el hábito exterior, no se encuentran aquellas eminencias tan rudas como en el hombre: son sus formas redondeadas, de cutis fino y escaso pelo. El sistema óseo es de tejido menos compacto y en estos órganos no se encuentran las apófisis, surcos y digitaciones tan considerables como en el sexo opuesto. El sistema muscular flácido, el vascular sanguíneo poco pronunciado; el vascular linfático la mayor parte de las veces adquiere grandes proporciones, y debajo de su cubierta cutánea, el tejido adiposo es muy abundante y contribuye á darle al conjunto del cuerpo esas formas admirablemente contorneadas que seducen al hombre.

Una larga cabellera adorna su cabeza y sirve de predilecto cuidado en la coquetería del tocado. Son graciosos sus movimientos y ademanes; el timbre de la voz dulce y argentino; el talle de esbelta elegancia, y en todo este conjunto orgánico hay tal predominio de exquisita expresión y maravillosa armonía, que el hombre no puede en manera alguna mostrarse indiferente á esos encantos y atractivos. ¡Qué sabiamente está todo dirigido! El Criador ha sabido vestir la imagen de la mujer con el maravilloso conjunto de gracias que habían de despertar en nosotros la amorosa solicitud de la pasión.

Dotada de una nerviosidad que preside su temperamento, hay gran vehemencia en sus sentimientos, con arranques de inusitada

energía; pero las débiles fuerzas que la acompañan, la reducirían á la enervación del abandono, si el hombre no corriese pronto á prestarle con sus robustos brazos la defensa de que carece. Las funciones de sus sentidos son más delicadas, son sensibles por excelencia, precoces de entendimiento, no obstante, su inteligencia no alcanza á la del desarrollo del hombre, por mas que en astucia le ha llegado á aventajar. La mujer no ha venido al mundo para regir con la razón; su pasión dominante es el amor y en ella cimienta las delicias de la familia.

Amantes siempre de lo ideal, pocas mujeres vereis irreligiosas. En su corazón levanta un pedestal á lo divino, y el culto de las sagradas prácticas, es el lenitivo que les amortigua el dolor. Cuando el mundo solo ofrece á la mujer amargas desventuras, le queda la dulce esperanza de la fé, y alzando los ojos al cielo, ve traslucir en la recta justicia de Dios el premio que tanto ambiciona. Una mujer sin religión, una mujer sin esas creencias que son el mejor emblema de las ternuras del alma, pierde el angelical encanto que es su más preciada prenda, se convierte en un sér de inmorales atributos, y lejos de infundirle amor al hombre, le inspira desconfianza, y antes que depositar en ella el ósculo conyugal que la uniría con su honor, debe apartarla y compadecerla.

No he querido insinuar aquí el primordial distintivo anatómico del sexo femenino; de sobra sabeis que me refiero á sus órganos genitales, y más adelante, tendré ocasión oportuna de hacer algunas consideraciones pertinentes al caso; pero ya que conoceis de una manera sintética y general las principales circunstancias fisi-co-psicológicas, pasaré en rápida ojeada á delinear los más importantes fenómenos diferenciales de los distintos periodos de la edad.

En un elemento microscópico está el origen de la vida. La vesícula de Graff que sirve de estuche al diminuto óvulo, rompe su cubierta, arroja el contenido en las oquedades del claustro materno, y reteniéndose en este antro de la generación, por la misteriosa sollicitud de otro elemento orgánico también microscópico (el espermatozóide) comienzan las primeras evoluciones del nuevo individuo. ¿Quién es capaz de conocer ni adivinar en tales momentos, el prodigioso secreto de aquella tenue mancha germinativa? ¿Qué ser vá á procrearse allí cuyo destino en el mundo arranca desde ese instante? Si la megalantropogenesia no fuese arte de sortilegios y hechicerías, mejor dicho, si en lo humano, fuese posible descender al insondable abismo de lo divino, no quedarían sin solución tales enigmas que, indudablemente, serán siempre para el hombre irresolubles.

La semilla está depositada, el embrión origina sus más ínfimas evoluciones, y es seguro que ya entonces los atributos todos que ha de tener el ser que luego pisará la tierra, los lleva ya consigo. Varón ó hembra, hermoso ó feo, débil ó robusto, discreto ó necio, en las hojas blasto-dérmicas que presiden la función embrionaria, está escrito, pero con caracteres ininteligibles á la razón humana.

La vida intrauterina, guarda el silencio más profundo sobre el sexo del nuevo engendro. Cuentos de viejas y habladurías de comadre, aseguran que los movimientos activos del feto empiezan á sentirse á los cuarenta días de la concepción en el embarazo de varón, y que no se notan hasta los cuatro meses, en el de hembra. La ciencia, no ha podido hacer tales averiguaciones, ni esperanzas siquiera abriga de adquirir dichas conquistas.

Pasado el periodo gestativo, llega el supremo instante del alumbramiento, se rasgan las túnicas que envuelven y cobijan la tierna é inocente criatura y aparece ésta anegada en llanto, como si presintiera en su sér la serie de amargas desventuras que le esperan en el suelo y el terrible fin que le aguarda con el tributo de la muerte. ¡Cuánto más justificado está el lloro, si el individuo que nace es del sexo débil!

Los cambios fisico-morales que experimenta la mujer durante su vida, son notables, al recorrer la escala de las distintas edades, y ateniéndonos á la clasificación de Hallé para las ulteriores descripciones, la dividiré en cinco principales: infancia, puericia, juventud, virilidad y vejez.

Los primeros años de la infancia en las niñas, apenas si se distinguen de los varones, por otros signos físicos, que los que son propios al aparato genital. Este aparenta mas robustez y compleción fuerte, y sus dimensiones suelen ser mayores que las de la otra. A pesar de esto, las probabilidades de vida son mayores en las niñas, según acreditan numerosas estadísticas de sabios demógrafos. La infancia, que comprende los dos periodos de la evolución dentaria (primera y segunda dentición) alcanza hasta la edad de siete años próximamente.

Aquí dá comienzo la puericia, y en ésta edad, debe empezar el cultivo del corazón de la mujer: las inclinaciones tienden al recogimiento, á depositar todo su afán en las muñecas y á dedicarse á juegos que, por su índole, son una parodia de las escenas de familia. La niña tiene afan de conocer lo que no entiende, pregunta con curiosidad y alardea de ser juiciosa. La afectividad es en ella prenda de gran estima y deposita su cariño en todo cuanto se le relaciona y le rodea.

El polo opuesto es, precisamente, lo que le sucede al niño; ni es tan discreto ni curioso, ni pretende hacer gala de formalidad.

Preciso me ha sido hacer comparación de los fenómenos que concurren en ambos sexos, siquiera sea muy á la ligera, para que resulte más ostensible el relieve peculiar que corresponde á la hembra. Me abstengo de acometer una larga excursión por el terreno de las descripciones, de este periodo de la vida, por no aumentar la anestesiante influencia de mi discurso.

La pubertad se acerca, la adolescencia insinúa débilmente sus primeros esbozos á los trece años en la mujer; ¡qué fenómenos evolutivos tan sorprendentes concurren en el tránsito físico-psicológico de esta hermosísima edad!... Si posible me fuera, había de pintaros, con los tonos más vivos, esa dulce metamorfosis que inspiraría el numen de un poeta, cual arrullo de soñada ilusión. El cambio, es el portento más grande que forjarse puede el brillo y esplendor de las fantasías. Figuraos una noche oscura que envuelve con su negro crespón el tierno capullo, la pradera cubierta de escarcha, los rosados pétalos ateridos aprisionan la fragante aroma en el seno de su cáliz, esa flor dormita el sueño de la tímida candidez, hasta que al fulgurar la aurora sus primeros dorados reflejos que colorean en lontananza el límpido horizonte, iluminando la cresta de la empinada y escabrosa cima, como el menudo y verde césped de la sombría hondonada, esa flor, mecida por las suaves brisas del crepúsculo matutino que es mensajero del débil calor de un rayo de luz, abre su corola exhalando al viento la embriagadora fragancia de tan fecunda pureza. Las auras de la Naturaleza corren presurosas á engalanarla con sus mejores atavíos, el tallo se hiergue con la vivificante savia que le recorre, en cada hoja hay un poema de amor, y en los nítidos colores de los pétalos, se refleja la ambrosía de un corazón inocente y tierno.

¡Qué hermosa edad! Su recuerdo eleva la razón en alas de la fantasía para conducirla de hinojos al tabernáculo de la belleza. De la puericia á la pubertad es lo mismo que del limbo al cielo. En aquélla edad, el corazón dormita el sueño de la inocencia; en ésta despierta á impulsos del fuego de la pasión. La primera sella su seno á las acechanzas del amor; la siguiente abre incauta su pecho á los ecos del amante.

La mujer adolescente presenta en sus ojos el fuego del sentimiento, sus finos y rosados labios ocultan el ardiente beso que condensa la necesidad de amar, su pecho ostenta los graciosos emunctorios fuente de la más deleitable libación y los movimientos de su

diminuto y elegante talle, trazan en el aire una estela de diáfana transparencia salpicada de seductores hechizos.

Físicamente la mujer, ofrece el prodigio de la escultural belleza. Sus formas modificadas por el perfeccionamiento natural, han sido enriquecidas con nuevos detalles de que carecía en la edad pueril, y en su seno se pronuncian los hemisféricos atributos de la lactación y en su monte de Venus, aparecen las oscuras sombras del vigor y de la sensualidad.

Un día, sobrecogida, advierte en sus interiores ropas vestigios que la cubren de rubor, y entonces adivina que aquél suceso que ha encendido de carmín sus mejillas, la arrebató de la niñez para advenirla súbitamente al estado de mujer.

¿A qué he de describiros los rasgos anatómicos del aparato genital femenino como atributos especialísimos de su sexo, siendo cuando menos en el aspecto pictórico conocidos por la mayor parte de vosotros? Los placeres de la lascivia llegan al deliquio, en presencia de tan concupiscentes formas, y la razón del hombre se embrutece confundiéndose con el instinto del animal de más baja escala zoológica.

Aparte de las bellezas morales de la mujer, hay en ésta una función, una sola, que la distingue de las demás hembras de la naturaleza cuya insinuación me he permitido con frases metafóricas hacer un momento. Me refiero á las exhalaciones catameniales que periódicamente presenta, desde la edad adolescente, hasta su ingreso en la menopausia. Este molimen mensual comparado por algunos fisiólogos á la época del celo de otros animales hembras, revela la perfecta integridad orgánica para los ulteriores fines de la procreación. Existen, sin embargo, casos anómalos de mujeres fecundas que jamás tuvieron un periodo ménstruo y no serán éstos tan raros cuando yo, por mi parte, en mi reducida esfera profesional, podría indicaros alguno. No obstante, hasta tanto que la mujer adquiere la función consabida, no se la considera nubil ni por lo tanto con aptitud manifiesta á dar al mundo el fruto de sus entrañas.

Así las cosas, la adolescente mujer que posee en alto grado la impresionabilidad por la maacmunidad de acción que predomina entre su sistema nervioso cerebro-espinal y el gran simpático, necesita de una previsora y solícita atención que dirija los arranques de sus vehementes y poco meditados impulsos. Nacida para amar y afanosa de ser amada, estudia ante el espejo las gracias de su tocado y toda su ambición y todas sus aspiraciones se reflejan en la meta de un ideal, en la de aparecer seductora al hombre de

sus doradas ilusiones, porque en el corazón siente la necesidad de cautivar el amor, y sin él su mayor ventura trocaríase en cruel martirio. Esta misma necesidad la obliga muy á menudo á ser veleidosa. Entonces, abandonada en brazos de la coquetería, refía el triunfo de algún amante, y suele suceder ciertamente que no son las coquetas preferente objeto del celibato, antes al contrario, son las primeras en alcanzar las delicias del sagrado himeneo.

Yo creo que la mujer necesita ser circunspecta y rodearse de cierta aureola de timidez y refinado pudor, como el mejor escudo contra los continuos y tentadores asedios del hombre, y creo que estas bellas cualidades deben fomentarse al cuidado de una esmerada educación. Nadie, como la madre, para dirigir el corazón de la hija, ninguno como el consejo y el ejemplo de aquélla para inculcar en ésta las más virtuosas máximas; nada más natural que su instrucción esté á cargo del celo maternal. La mujer necesita ilustrarse y adquirir cierta enseñanza para cuyos conocimientos demuestra especial aptitud. Educarla en los deberes y obligaciones de la casa principalmente, en algunas nociones generales de artes y ciencias de común utilidad y en los principios de la fé religiosa.

Querer ensanchar la esfera de acción intelectual de la mujer, es querer sacar las cosas de quicio. La mujer tiene condiciones orgánico-psíquicas peculiares que no deben soliviantarse obligándola á representar en la sociedad un papel que es solo exclusivo del hombre. No niego, que, entre ellas, las haya de capacidad tan notable que pudieran sobresalir en el estudio de la más difícil ciencia; pero decidme ¿en tal caso, qué figura representa el hombre á su lado? Suponedla sentada en los estrados de la justicia, si es que se ha dedicado á la noble carrera de la magistratura, dictando una sentencia criminal ¿qué hará su marido entre tanto? ¿Dirigirá la limpieza de la casa? ¿Amamantará al tierno niño que llora? Vedla sino dedicada al ejercicio de la medicina efectuando el cateterismo de las vías urinarias del hombre, ó armada su mano de un afilado cuchillo para practicar la amputación de cualquier miembro. ¿Es compatible con semejantes ejercicios el recatado pudor ni la sublimidad de su angelical ternura? Mentira parece que haya quien halague estos injustos propósitos, é insista obstinado en defender para la mujer unos derechos que la despojan del ardiente embeleso que fascinar debe las ensoñadas ilusiones del hombre. La mujer, repito, ha nacido para sentir con el corazón, no para regir los destinos de la sociedad; vino al mundo para consagrarse con toda la efusión de su alma á la familia, para amar y ser amada.

Al llegar á la edad de veinte años, puede decirse que ha entrado

en el periodo de la virilidad y tanto los cambios físicos como morales que en él concurren son bién poco ostensibles. Hasta los treinta y cinco años se conceptúa la mujer en virilidad creciente, desde ésta á los cuarenta, en virilidad confirmada, alcanzando la virilidad decreciente diez años más. En la primera etapa de este periodo continúa la mujer perfeccionando su desenvolvimiento orgánico, y durante ella completa su estatura, redondéa y aumenta la robustez del cuerpo, se hacen más manifiestos sus atributos genitales, y las funciones propias adquieren la regularidad de que suelen carecer en la adolescencia. En la segunda, ó virilidad confirmada, se sostiene la nutrición *in statu quo* algunos años, no puede esperarse ya ningún crecimiento, únicamente las modificaciones especiales del embarazo que son también comunes á otras edades. Y por último, en la virilidad decreciente, las fuerzas vitales empiezan á deprimirse, la desasimilación predomina en los fenómenos nutritivos, se insinúan en el cabello las canas, asoman algunas arrugas en el terso cutis, los pechos quieren marchitarse y las funciones menstruales alteran su regularidad como primer indicio de la decrepitud. Hasta los cincuenta años, cifra que denota el término de la virilidad, es la mujer fecunda.

El prestigio moral ha ido fomentándose con la firmeza de las virtudes; y la vacilación y veleidosidad son substituidas por formales inclinaciones. No quiero hablaros de la mujer, que habiendo perdido el tesoro del pudor, se entrega en brazos del más depravado libertinaje; quiero olvidar, cuando de ella me ocupo, que existe esa desventurada clase hija del infortunio, por no empañar la tersa brillantez del cristal al través del cual la miro. Una pasión, sin el freno de la virtud, conduce á la mujer hasta los más horripilantes crímenes.

Pero por fortuna nuestra, ésta es la rara excepción, que ella ha sido dotada por la naturaleza de sentimientos de abnegación, de dulce cariño y de pródiga caridad. En nuestras enfermedades atiende con incansable y solícito cuidado el menor de nuestros lamentos, soporta con increíble paciencia las impertinencias y enfadosos caprichos del que sufre, y se sacrifica en aras de la privación por socorrer necesidades. La fé conyugal es su ídolo, la ventura de la familia su inquebrantable afán; estos son los verdaderos sentimientos de la mujer; la que vive encenegada en el vicio y la orgía, es un aborto de la naturaleza.

A los veinte años, la mujer piensa ya formalmente en la realización de sus dorados ensueños, en la suerte de su porvenir, y como el amor es el móvil que inspira siempre las acciones de su corazón,

ó resuelve entregarse pura y virgen á Dios, ingresando en un sagrado monasterio, ó acaricia la imagen del matrimonio. Ser esposa del Divino Creador, y ser esposa del hombre, son problemas que tácitamente se plantean en la sensible fibra de la mujer. Para ella, el amor al hombre, constituye su dogma de fé religiosa, lo mismo que el amor para con Dios. La Iglesia católica abre las puertas del augusto santuario á la mujer que renunciando de los placeres del mundo, prefiere la sagrada clausura, y otras, entendiendo de distinto modo el holocausto que debe á sus creencias, é inspiradas por una abnegación que raya hasta el heroísmo, se afilian á la orden de Hermanas de la Caridad donde tantas lágrimas enjugan y tanto dolor mitigan, ora junto al soldado que baña con su sangre el campo de batalla, ora junto al desheredado que yace moribundo en el lecho de un hospital. El cristianismo, ¡qué fiel intérprete ha hallado en el corazón de la mujer!... En aras del amor sacrifica su vanidad, su orgullo, los placeres del mundo, por derramar el bien á manos llenas; en aras del amor se une al hombre con vínculos conyugales, para perpetuar su dicha ó llorar con él amargas torturas. El amor es sin disputa quien resuelve el destino de la mujer y cuando es un hombre el predilecto objeto de su afecionividad, en su físico se retratan las impresiones morales que experimenta.

Un amor correspondido, parece que alimenta el ser con el hálito de dulce pasión, y la doncella revela su bienestar con el carmín que no falta en sus mejillas, con la sonrisa de sus purpurinos labios y con la expresión de su actividad y esbeltez. El corazón late suavemente como fiel intérprete de la dicha del alma, y todas las funciones orgánicas se verifican con admirable regularidad. Esta pasión, aunque reconozca la fuente primordial del fin procreativo, es arrullada por sentimientos más elevados que erigen en el pecho de la mujer un ídolo que perpetúa la admiración del objeto que aman.

Un amor contrariado es el fiel reflejo del martirio latente. La mujer está preocupada, su mirada es indecisa, vaguea por doquier anhelando encontrarse con la del hombre que ama, vive triste, palidece su rostro, sus apagados labios se entreabren para exhalar suspiros que se lleva el viento veloz sin resonar el eco, se entrega al recogimiento, olvida que vive y no se cuida de sí misma. Vese enmagrecer lentamente, el pulso le late con arrítmica pausa y las fuerzas físicas, á la par que las psicológicas, se aplanan y deprimen. La enfermedad iniciada en las brumas del alma, extiende sus dominios en la envoltura material del organismo.

Hay además otro amor, que es el desenfrenado, cuyos trastornos

conmueven profundamente al individuo. La mujer, al peso de esta pasión, olvida los deberes para con sus padres, ama la soledad, y desprecia hasta el prestigio de su honor. Subyugada á tan vehementes afanes, pierde el sueño y sus ojos se hunden detrás de unos párpados manchados de oscura sombra y con la mirada inquieta busca sin cesar al amante. Está escualida, no sabe moverse sin inquietud, tiene el corazón agitado por contracciones tumultuarias que, á las veces, marcan las oscilaciones del pulso con dureza y frecuencia, para contrastar también, á lo mejor, con otras blandas y lentas. Su pasión es una verdadera frenopatía.

Pero volvamos á la mujer que ama con el mútuo influjo de la correspondencia.

Acariciando día tras día, el supremo momento de poseer al hombre con el dominio que inspira la cariñosa dulzura, vé trascurrir el tiempo al través de un celaje tan diáfano como la pureza de su alma y por donde se vislumbra de color de rosa la prometida esperanza de una inefable dicha.

Los vínculos del matrimonio unen la suerte de la mujer á la del hombre en quien depositó su amor, y la ley, por una parte, protege los derechos que asisten á ambos cónyuges, á la par que la Iglesia en los países católicos, los sanciona con su bendición. Hé aquí el principio de una nueva familia, elemento incipiente de la sociedad y de los pueblos.

Física y psicológicamente, la mujer acusa ciertos detalles que son propios del nuevo estado. Al primer ósculo de amor, se quiebra la tenue membrana que simboliza la inocente virginidad y en la timidez de una cándida mirada, como en el encendido rubor de las mejillas, se adivina que aquella alma saturada antes con la savia de la pureza, ha sido embriagada entre los goces materiales del deliquio sensual. Vive al principio consagrada exclusivamente á labrar la ventura del marido, colmándole de los mayores y más atentos cuidados, y toda su ambición se condensa en adquirir como justo premio á la inmensidad de su amor, la sincera y recíproca correspondencia del hombre que adora.

Un día, codiciado por el vacío que aun sellan los purpurinos arreboles del reciente enlace conyugal, siente que su ser se turba, que el vértigo de la ilusión soñada le aprisiona los sentidos, y es que en lo más íntimo de sus entrañas, ha experimentado el primer arranque de maternidad. ¡Qué sensaciones tan sublimes las de aquella joven presunta madre! ¡Qué ilusorias esperanzas atesora en alas de un nuevo amor surgido en el momento que concibió! Vuela hacia el marido, se cuelga en su cuello con el abrazo de la efusión, y

anonadada en los raudales de inmensa alegría, le dice al oído que-  
dido, pero muy quedito para que el eco no turbe la susceptibilidad  
del pudor: ¡soy madre!...

Si fuese á hablaros de todos los cambios psíquicos que la mujer  
sufre durante el periodo gestativo, habría de dar proporciones á  
este discurso, de una extensión considerable. Lo mismo digo de  
las modificaciones anatómicas que dan pié á un curso casi comple-  
to de tocología.

Impresionado el seno uterino por la permanencia que encierra  
del diminuto óvulo y del débil espermatozoo, se hace asiento de  
una exuberancia vital con aferente riego sanguíneo insólito, que  
á su vez origina las extrañas emersiones de todo el sistema ner-  
vioso cerebro-espinal. El claustro materno ensancha su abovedado  
recinto, los microscópicos emigrantes allí sepultos por el misterio-  
so instinto que siempre será un arcano, se aproximan, se confun-  
den el uno en el otro para constituirse en existencia única, para de  
común acuerdo esculpir allí al regío silencio que embarga la vida  
orgánica, un prodigio de naturaleza la más perfecta que se exhibe  
á los ojos de la creación. El lecho dó se envuelven los recientes  
vestigios del ser humano, contribuye con nuevas cubiertas á dar  
más abrigo á aquél dulce regazo, y el embrión crece, en tanto que  
la pobre mujer sufre con resignación envidiable, las penosas moles-  
tias que proporciona el embarazo, solo á título del mejor deseo, del  
de alcanzar á su término las angelicales caricias de ese hijo que  
lleva en sus entrañas.

El semblante que antes mostraba con la tersura y sonrojo que  
brotaron á las primeras caricias del himeneo, se torna empañado,  
cubriendo su frente opacas tintas. Aquel diminuto y elegante talle  
que envolvía las gracias y hechizos ante el cual se acrecentaba la  
seductora ilusión, borra sus perfilados contornos, ensancha su cin-  
tura y entumece los pechos preparándolos para las ulteriores fun-  
ciones que son el complemento de la vida parásita del nuevo ser. Y  
finalmente, el crecimiento del vientre, y la hinchazón que perciben  
las extremidades inferiores, con aquellos otros detalles, son los  
culminantes rasgos que, si bién trasportan la mente de lo ideal á  
lo positivo, no es menos cierto que la mujer es tan digna de admi-  
rar en el estado casto, como en el de gestación, siquiera sean distin-  
tos los atractivos que inspira.

Tampoco he de referiros las numerosas molestias que bien pu-  
dieran llamarse morbosidades del embarazo, bajo las cuales sufre  
la mujer nueve meses de amargos desvelos y si he de ocuparme de  
su parte psíquica, permitidme que os diga que hay tal diversidad

funcional, imposible de reducir á una unidad de efectos. Es frecuente ver mujeres que fueron la expresión fiel de la dulzura, cambiar por el carácter duro y áspero, y otras, trocar en aborrecimiento lo que antes fué objeto de predilecto cariño. Algunas se vuelven antojadizas y causa admiración el inopinado capricho, en quien nunca hubo semejantes desvaríos, en quien siempre sobresalieron las más esmeradas cualidades sociales. Si veis una mujer embarazada sufriendo el tósigo de alguna que mera que se arrastra por la senda del crimen á perpetrar el mayor de los delitos, detened vuestro juicio, quizás no sea responsable de la perfidia que el hecho podría acusarla, hay en ella estados de perturbación mental cuyos ímpetus no puede reprimir, y aunque conoce perfectamente el mal por el grito que arranca á su corazón, las ofuscaciones cerebrales se le imponen con irresistible lucha. Solo de esta suerte se comprende, cómo una madre ha podido estrangular con sus propias manos á alguno de sus hijos, amándole entrañablemente.

Es indudable que las evoluciones uterinas trascienden al cerebro por conducto de la red nerviosa, pero muy en especial de los numerosos plexos del trisplánico. Sin embargo, esto tiene sus límites, y aunque sea difícil su deslinde, la ciencia tiene medios de aproximarse á la verdad, señalando dónde impera la razón y dónde la locura.

De cualquier modo que fuese, la mujer en el periodo gestativo empieza á recorrer la calle de amargura y llega á su término con la resignación que solo es comparable á la inocente víctima que se inmola en holocausto de los dioses paganos. El parto, con sus crueles sufrimientos, es la más terrible prueba que Dios la impuso para que el mundo le conceda la palma del martirologio. Entre los acerbos y dislacerantes dolores, apenas interrumpidos por algún pequeño espacio en el cual la pobre gime y solloza, se contrae su cuerpo, sus carnes se rasgan bañándose en sangre y prorrumpe el postrimer y más inaudito ¡ay! de sus tormentos, al lanzar á la tierra el ser que cobijó en sus entrañas. Los trasportes de la inmensa alegría, saturan al momento aquél corazón que se sintió desfallecer cuando consumaba el sublime sacrificio. ¡Ya es madre! ¡Ya ha llegado al colmo de la aspiración desinteresada y noble!

Una fiebre que se enciende al fuego avivado por el deseo de conservar la vida de su hijo, le imprime nuevo vigor, y en su seno fermenta el néctar que ha de nutrirle y amamantarle. Con la propia sangre que le concibió, vá á alimentarle algún tiempo hasta que el desenvolvimiento material de tan débil estructura, adquiera el desarrollo capaz de atender por sí á los primordiales fines de su

existencia. Mientras tanto, no para aquí la larga serie de desvelos é inquietudes; la concepción les dió margen y el desarrollo del hijo los acrecienta, pero que á veces se desvanecen de un modo efímero á la inocente sonrisa que producen los angelicales labios de la tierna criatura.

Trascurren los años, y aquélla niña que un tiempo fué de Venus la mensajera de sus gracias y el espíritu de la fascinación, está llegando al capitolio de su destino, desde donde ha de contemplar el hermoso cuadro de familia cuyos trazos tántas lágrimas arrancaron á sus ojos. En su cuerpo se han marchitado las savias, secando los brotes de cuyos flexibles tallos florecían los gérmenes de la fecundación, y en su pecho, apagado el volcán que encendieron las abrasadoras llamas del amor, impera la frigidez y el indiferentismo hacia los halagos y deliquios del placer.

Frisa ya en los cincuenta; ha salido del periodo de la edad viril y se halla bajando la escala de la vida en los primeros peldaños de la vejez. El tiempo le ha enervado las fuerzas, y cada paso que cambia descubre en su cabeza una cana y alguna arruga en su frente. El brillo de sus ojos vése empañar, como se encubre el horizonte al crepúsculo que presagia una noche sombría, y en sus antes carmíneos labios resaltan los lívidos colores que han arrebatado el fuego de la pasión. Aquella blanca dentadura que lucía su esmalte con la graciosa sonrisa, se cae, el contorneado cuello se enmagrece resaltando las sinuosas líneas de la ancianidad, sus pechos se deprimen y quedan laxos, y los atributos todos materiales del sexo, así como su economía entera, sufren los efectos de la regresión atrófica.

El ocaso de la vida prepara el tétrico sudario que ha de envolver para siempre las preciosas virtudes de la que supo ser buena hija, buena esposa y mejor madre. Hacia él se dirige con la cabeza trémula por la blanca nieve que la cubre, su cuerpo encorvado al peso de la decrepitud, sus débiles piernas vacilantes, fatigoso el pecho con la ansiedad de la próxima agonía y al perder el báculo en que apoya su descarnada mano, siente el horripilante frío de la muerte, se doblan sus miembros y el cuerpo cae inerte en los anfractuosos pliegues del lecho eterno, exhalando el postrimer suspiro que recojen los espíritus celestiales para conducirlo á Dios.

HE DICHO.